

LA DIVERSIDAD Y EL CONFLICTO. LAS DISPUTAS DEL BANDO REPUBLICANO DURANTE LA GUERRA CIVIL. ESTADO DE LA CUESTIÓN HISTORIOGRÁFICA

JULIÁN VADILLO MUÑOZ (UCM)

Universidad Complutense de Madrid
vadillo903@hotmail.com

Resumen:

Uno de los temas que más debate historiográfico ha generado ha sido el de las divergencias que surgieron en el interior del bando republicano durante la Guerra Civil. Estas diferencias de carácter organizativo e ideológico generaron unos enfrentamientos que en muchas ocasiones tuvieron una carga violenta y víctimas por distintas partes. En el presente artículo se intentan analizar las raíces de ese conflicto partiendo de la situación de la izquierda política antes del golpe de Estado del 18 de julio de 1936. Posteriormente se analizarán de forma sucinta dos episodios claves en estos conflictos: los sucesos de mayo de 1937 y el golpe de Casado de marzo de 1939. Para terminar, se hará una aproximación al estado de la cuestión historiográfica sobre estos conflictos.

Palabras clave:

Luchas internas - Anarquismo - Comunismo - Sucesos de mayo de 1937 - Golpe de Casado - Debate Historiográfico

Abstract:

Differences inside the republicanist side have produced a wide historiographic debate. Organisative and ideological differences originated several confrontation with violence and casualties in both sides. This paper shows the roots of these conflicts. First, we study the left winged parties before the Coup d'Etat of July 1936. Second the key conflicts of May 1937 And the Coup of Casado in March 1939 are studied. Finally, a study of current bibliography has been made.

Keywords:

Differences inside - Anarchism - Communism - Conflicts of May 1937 - Coup of Casado - Study Historiography

LA DIVERSIDAD Y EL CONFLICTO. LAS DISPUTAS DEL BANDO REPUBLICANO DURANTE LA GUERRA CIVIL. ESTADO DE LA CUESTIÓN HISTORIOGRÁFICA

JULIÁN VADILLO MUÑOZ (UCM)
vadillo903@hotmail.com

Introducción

Pocas son las monografías que abordan la Guerra Civil que no se acerquen a los conflictos que surgieron en la retaguardia republicana entre las distintas facciones del Frente Popular. Desde las memorias de sus protagonistas hasta ensayos a lo largo de los más de 80 años que jalonan el inicio de la Guerra en julio de 1936. Y aunque esas diferencias no fuesen la arista fundamental que explique la derrota de la República en 1939, lo cierto es que son un factor a tener en cuenta.

Con el paso de los años las investigaciones han ido indagando y matizando numerosos aspectos que nos han posibilitado acercarnos con mayor garantía a aquellos conflictos y poder dimensionar la magnitud de los mismos. Y esas investigaciones han estado, en muchas ocasiones, tamizadas por el momento histórico en el que se han desarrollado, lo que ha determinado la forma de afrontar los conflictos.

Para tener una mejor comprensión de los estudios que se han sucedido a lo largo del periodo es conveniente tener presente una visión general de los acontecimientos que se narran. Por ello, en las dos primeras partes del artículo se establecerá cual era la situación de la izquierda española cuando se produjo el golpe de Estado de 1936 y en que consistieron los enfrentamientos entre ellas marcados por dos hechos clave: los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona y el golpe de Segismundo Casado en Madrid en marzo de 1939.

Posteriormente, se pasarán a analizar las principales obras que han abordado estos sucesos, pues son innumerables los escritos que se han generado alrededor del tema.

¿Reforma o revolución? Las izquierdas antes del golpe de Estado de julio de 1936

Cuando el 18 de julio de 1936 se produjo el golpe de Estado contra la Segunda República, parte de la izquierda española atravesaba un periodo de crisis o debate que, en parte, determinará su posición a lo largo del conflicto civil. Aunque la victoria del Frente Popular había sido clara en febrero de 1936, lo cierto fue que la iniciativa frentepopulista fue concebida más como plataforma electoral con algunos puntos en común de diversas organizaciones de izquierda, que como una coalición de gobierno. Los distintos intereses que separaban a las organizaciones del movimiento obrero de las organizaciones republicanas hicieron inviable un gobierno de coalición.

Aunque las distintas fuerzas de la izquierda hicieron esfuerzos por conseguir unir sus posiciones, lo cierto fue que algunas lo consiguieron y otras no. Mientras comunistas y libertarios lograron presentarse como fuerzas unificadas, socialistas y republicanos atravesaban una importante crisis que la Guerra Civil acabó por ahondar. Los pequeños grupos de la extrema izquierda republicana

así como los diferentes partidos marxistas heterodoxos fueron engullidos con el paso del tiempo debido a la debilidad de su posición o implantación.

Conviene establecer un pequeño mapa conceptual sobre las distintas fuerzas de izquierda antes del 18 de julio de 1936, que puede ayudar a comprender algunos de los acontecimientos posteriores.

Los republicanos

El inconveniente histórico que había tenido el republicanismo en España había sido su dispersión de fuerzas, lo que provocó que España nunca tuviese un movimiento republicano cohesionado. Todos los intentos de unificación del republicanismo en el siglo XIX y el primer tercio del siglo XX se tornaron en fracaso (por ejemplo, la Unión Nacional Republicana de Nicolás Salmerón, histórico dirigente republicano español que había sido presidente de la Primera República en 1873 por breve espacio de tiempo). El intento más cohesionado de partido republicano en aquellos momentos fue la fundación en 1908 del Partido Republicano Radical de Alejandro Lerroux¹ que se mantuvo hasta la Guerra Civil con una paulatina moderación ideológica. Otros republicanos más moderados, intentaron en ese tiempo moldear una organización que pudiese participar de las instituciones de la Restauración², y que, aunque fuese partidaria de una transformación republicana de la sociedad, considerase el régimen como algo accidental. Situaríamos aquí el nacimiento en 1913 del Partido Reformista de Melquíades Álvarez al que se uniría un jovencísimo Manuel Azaña³.

La proclamación de la República el 14 de abril de 1931 tampoco resolvió este problema en las filas republicanas. El partido más votado en las elecciones a la Asamblea Constituyente de junio de 1931 fue el Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Mientras los republicanos se presentaron dispersos entre las fuerzas radicales de Lerroux, la Acción Republicana de Manuel Azaña fundada en 1924 o el Partido Republicano Radical-Socialista de Marcelino Domingo, creada en 1929. En el ámbito autonómico quedaban las fuerzas representadas por la Organización Republicana Gallega Autónoma (ORGA) de Santiago Casares Quiroga que se fundó en 1929 o la Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) de Francesc Maciá y Lluís Companys que surgió ya en 1931 y que recogía una amplia tradición de catalanismo autonomista republicano. Fuera del ámbito de la izquierda quedó la Derecha Liberal Republicana de Niceto Alcalá Zamora y Miguel Maura, dos antiguos políticos monárquicos que habían cambiado su posición hacia tendencias republicanas durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera (1923-1930), y que jugarían un papel fundamental en los primeros momentos de la proclamación de la República.

La labor gubernamental fue determinante para la ruptura de estos grupos y para los posteriores intentos de unión. El Partido Republicano Radical Socialista quedó dividido en dos y su figura más representativa, Marcelino Domingo, quedó encuadrado en un partido aún más pequeño con el nombre de Partido Republicano Radical-Socialista Independiente. También nació en esos momentos el partido Izquierda Radical Socialista, del abogado Juan Botella Asensi.

¹ Ruiz Manjón, Octavio, *El Partido Republicano Radical, 1908-1936*, Tebas, Madrid, 1976; Álvarez Junco, José, *Alejandro Lerroux. El Emperador del Paralelo*, Síntesis, Madrid, 2005

² Se conoce como Restauración al sistema político que se desarrolló en España entre 1876 y 1931 (con el intervalo de la dictadura de Primo de Rivera entre 1923 y 1930). A pesar de tener vigencia una Constitución, la representación política fue deficiente y los partidos políticos que estaban al margen del sistema tuvieron dificultades a la hora de acceder a las instituciones. No fue un periodo lineal pues el sistema pasó a lo largo de su existencia por varias etapas hasta que los periodos de crisis acabaron por colapsarlo.

³ García Venero, Maximiano, *Melquíades Álvarez. Historia de un liberal*, Tebas, Madrid, 1974; Suárez Cortina, Manuel, *El reformismo en España: republicanos y reformistas bajo la monarquía de Alfonso XIII*, Siglo XXI, Madrid, 1986.

El desgaste gubernamental y la derrotada electoral de noviembre de 1933 dejaron al movimiento republicano en cotas muy bajas, lo que determinó que muchos sectores tendiesen a una unificación para poder articular una gran fuerza republicana que afrontase con garantías unas nuevas elecciones. Como dice Avilés Farré, “en enero comenzaron unas reuniones oficiosas entre los partidos Radical Socialista, Radical Socialista Independiente, Izquierda Radical Socialista y Acción Republicana y los federales autónomos que seguían a Eugenio Arauz”⁴. Estas reuniones cristalizaron en abril de 1934 con el nacimiento de Izquierda Republicana, partido que presidió Manuel Azaña.

Parecía que el sueño de los republicanos decimonónicos estaba próximo a producirse, pues Izquierda Republicana nació con el objetivo de unir al resto de fuerzas republicanas. Sin embargo, algunos grupos quedaron excluidos. Una parte del Partido Republicano Radical Socialista, el Partido Radical Demócrata de Felipe Sánchez Román, así como otros pequeños grupos. En septiembre de 1934 nació el partido Unión Republicana, que tuvo como hombres fuertes a Diego Martínez Barrio y Félix Gordón Ordax. Este partido se aprovechó de la posterior crisis del Partido Republicano Radical de Lerroux y muchos de sus integrantes acabaron en las filas del nuevo partido de Martínez Barrio.

Fuera de este espectro del republicanismo de izquierda quedó el moderado Partido Nacional Republicano de Felipe Sánchez Román y toda una pléyade de la extrema izquierda republicana. Estas últimas realizaron varios intentos de coordinación en algún partido político que, como el Partido Social Ibérico, se tornaron en fracaso. El único partido que lograron articular y tuvo alguna resonancia fue el Partido Demócrata Republicano Federal, encabezado por el polifacético abogado de sindicalistas Eduardo Barriobero, y en el que participaron figuras de primer orden como Benigno Bejarano o Hildegart Rodríguez Carballeira⁵.

Sin embargo, en el tiempo que media entre febrero y julio de 1936, las fuerzas del republicanismo histórico sufrieron un reflujo que se constatará con el inicio de la Guerra Civil. Aunque Izquierda Republicana alcanzó 87 diputados y Unión Republicana 37, la fuerza del republicanismo se fue diluyendo por el avance del movimiento obrero.

Los socialistas

El Partido Socialista tuvo una visión ambivalente respecto a la dictadura de Primo de Rivera, lo que hizo que se adhiriera a la oposición republicana más tarde que otras fuerzas políticas. Julián Besteiro, que consideraba que la responsabilidad del cambio democrático y republicano correspondía a la burguesía y no a la clase obrera, apoyó la inclusión del PSOE en la Asamblea Nacional Consultiva⁶. La oposición a la dictadura por parte de los socialistas vino de la mano de Fernando de los Ríos e Indalecio Prieto⁷. Largo Caballero, líder de la Unión General de

⁴ Avilés Farré, Juan, *La izquierda burguesa en la II República*, Espasa Calpe, Madrid, 1985, pág. 233.

⁵ Bravo Vega, Julián, *Eduardo Barriobero y Herrán (1875-1939): una nota sobre su vida y escritos*, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, Madrid, 2002; Millares Cantero, Agustín, *Franchy Roca y los federales en el “bienio azañista”*, ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Gran Canaria, 1997; Carretero Miramar, José Luis, *Eduardo Barriobero. Las luchas de un jabalí*, Queimada ediciones, Madrid, 2017; Losada Urigüén, María, “El pensamiento político de Hildegart Rodríguez: entre socialismo y revolución” en *Germinál. Revista de Estudios Libertarios*, número 2, 2006, págs. 69-91; Para visión general de la República ver González Calleja, Eduardo; Cobo Romero, Francisco; Martínez Rus, Ana y Sánchez Pérez, Francisco, *La Segunda República*, Pasado & Presente, Barcelona, 2015.

⁶ Organismo impulsado por la dictadura con el objetivo de asesorar y colaborar con el gobierno dictatorial.

⁷ González Calleja, Eduardo, *La España de Primo de Rivera, la modernización autoritaria, 1923-1930*, Alianza, Madrid, 2005; Cabezas, Octavio, *Indalecio Prieto. Socialista y español*, Algaba ediciones, Madrid, 2005; Gallego, José Andrés, *El socialismo durante la dictadura, 1923-1930*, Tebas, Madrid, 1977

Trabajadores (UGT), tuvo también una política de colaboración con los Comités Paritarios⁸ de la dictadura y llegó a ser consejero de trabajo. Sin embargo, la política que se impuso en la UGT y en el propio Largo Caballero fue que esa colaboración solo podía estar determinada por la elección democrática de esos comités paritarios y siempre en beneficio de la entidad sindical⁹.

Pero a partir de 1928 la política de los socialistas comenzó a cambiar y su aproximación a los sectores de oposición de la dictadura le llevó a participar en los diferentes movimientos contrarios a ésta y a suscribir el Pacto de San Sebastián¹⁰, que sería la antesala de la proclamación de la Segunda República Española.

Al proclamarse el nuevo régimen, los socialistas participaron por primera vez en un gobierno en la historia de España. Primero de forma provisional y posteriormente, tras las elecciones de junio de 1931, en coalición con los republicanos. El primer gobierno provisional dio la cartera de Hacienda a Indalecio Prieto, la de Trabajo a Francisco Largo Caballero y la de Justicia a Fernando de los Ríos. Una reestructuración ministerial posterior hizo que Fernando de los Ríos pasase a Instrucción Pública y Bellas Artes e Indalecio Prieto a Obras Públicas. En una última etapa Fernando de los Ríos fue Ministro de Estado. Julián Besteiro fue presidente de las Cortes.

Sin embargo, la crisis abierta en el gobierno republicano-socialista, terminó en septiembre de 1933 con la salida de los socialistas del mismo y el inicio de una larga etapa de debates y disputas internas en el interior del socialismo español. Largo Caballero consideró que el periodo de colaboración con las instituciones burguesas había finalizado y que la clase trabajadora debía dar un paso más para la consecución de una sociedad verdaderamente socialista. Indalecio Prieto era más partidario de reforzar las instituciones republicanas para consolidar un verdadero estado social y de derecho. Besteiro, sin ser beligerante con las instituciones republicanas, consideraba que esa consolidación correspondía a los partidos burgueses a los que los socialistas solo deberían dar apoyo coyuntural.

Esos debates intestinos acabarían dividiendo al movimiento socialista, que veía como sus rivales anarcosindicalistas y comunistas iban ganando terreno en el movimiento obrero. El fracaso de la huelga general de octubre de 1934 y los debates internos, tanto en el PSOE como en la UGT, generaron un estado de tensión en el socialismo español que solo podía ser resuelto en un congreso que nunca llegó a celebrarse.

La formación del Frente Popular aparcó de forma momentánea la crisis en el socialismo español. Pero ese apoyo vino precedido de una nueva quiebra en las organizaciones socialistas. Mientras Indalecio Prieto era partidario de fortalecer esa coalición con la inclusión de los socialistas en el gobierno para continuar la obra reformista de 1931-1933, Largo Caballero vetó cualquier posibilidad de coalición con los republicanos. Una nueva vuelta de tuerca a este conflicto se dio con la crisis de mayo de 1936. Manuel Azaña, proclamado presidente de la República, pensó en Prieto como encargado de formar un nuevo gobierno. Sin embargo, la Comisión Ejecutiva del PSOE lo desestimó por la oposición de Largo Caballero. Azaña optó entonces por dar la presidencia a su correligionario de partido Santiago Casares Quiroga.

⁸ Organismo de mediación entre representantes de trabajadores y representantes de empresarios con el objetivo de regular las relaciones laborales y las condiciones de trabajo. Sus presupuestos estaban basados en la doctrina social de la Iglesia y se le dio mucho peso al desarrollo del sindicalismo católico frente al sindicalismo de clase de los socialistas. Aunque estos comités se incluyeron una Organización Corporativa Nacional (OCN), su estructura nunca llegó a tener la de los sindicatos fascistas italianos.

⁹ Aróstegui, Julio. *Largo Caballero. El tesón y la quimera*, Debate, Barcelona, 2012; Martín Ramos, José Luís. *Historia de la UGT. Entre la revolución y el reformismo, 1914-1931*, Siglo XXI, Madrid, 2008.

¹⁰ Acuerdo entre distintas fuerzas republicanas que tenía como objetivo el derrocamiento de la monarquía de Alfonso XIII y la proclamación de la República. Firmado en agosto de 1930, a este Pacto se fueron sumando distintas fuerzas, como los socialistas, ya en octubre del mismo año.

En este contexto, el socialismo español se enfrentaba a la política que tanto el Partido Comunista de España (PCE) como la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) estaban llevando. El PCE en busca de una unidad política con los socialistas (sobre todo con el ala izquierda caballerista) que se plasmó con la fusión de la Federación Nacional de Juventudes Socialistas y la Unión de Juventudes Comunistas de España en las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) en marzo de 1936. Pocos meses después esta política de unificación daría como resultado en Cataluña la aparición del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC). La CNT, por su parte, llevaba instando de forma sucesiva a un pacto revolucionario con la UGT. La propuesta de los libertarios se concretó en el dictamen aprobado en su Congreso de Zaragoza de mayo de 1936, que instaba a la UGT a celebrar un congreso para hablar de una unión revolucionaria.

En ningún caso llegó a producirse tal circunstancia y el socialismo español estaba dividido en distintas corrientes al producirse el golpe de Estado de julio de 1936¹¹.

Los anarquistas

Se pueden establecer varias etapas en la historia del anarquismo español durante la Segunda República. Pero su caracterización fue la de un movimiento que llegó unido al inicio de la Guerra Civil, a excepción de la pequeña parte que se separó y formó el Partido Sindicalista.

Los anarquistas habían tenido un papel protagonista y activo en la oposición a la dictadura de Primo de Rivera, y ello les había llevado a participar en numerosas intentonas revolucionarias para poner fin a la dictadura y a la propia monarquía. Sus intentos en Vera de Bidasoa en 1924, la Sanjuanada de 1926, o las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos, fueron ejemplo de ello.

Además, al producirse la proclamación de la República en abril de 1931, el movimiento libertario se mostró benevolente con el nuevo régimen, al que ellos mismo habían contribuido a proclamar¹². Sin embargo, la posición de los libertarios fue variando a tenor de uno de los puntos que ponían como condición de su apoyo a la República: que contase con la clase obrera. Para los libertarios, las medidas adoptadas en el ámbito laboral desde el Ministerio del Trabajo, o la Reforma Agraria que se impulsaba desde el Ministerio de Agricultura, eran insuficientes. Acusaban a Largo Caballero de realizar una política laboral que beneficiaba a la UGT en detrimento de la CNT. Aquí se enmarcó el cambio de estrategia libertario que se plasmó de forma oficial a partir de agosto de 1932 y que tuvo en la insurrección de Casas Viejas el acto más destacado. Aunque en ningún caso se puede hablar de un ciclo insurreccional anarquista, teniendo en cuenta que las distintas revueltas que se produjeron durante el primer bienio (Arnedo, Castilblanco, Alto Llobregat, Casas Viejas, etcétera) respondieron a distintos criterios¹³. Este cambio de estrategia provocó que el movimiento libertario se dividiese entre aquellos que se lanzaron a una vía insurreccional y los que planteaban una oposición más sopesada. Se desarrolló el treintismo y la Federación Sindicalista Libertaria, los llamados sindicatos de oposición¹⁴.

¹¹ Para el socialismo español ver Juliá, Santos, *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Taurus, Madrid, 1997, *La izquierda del PSOE (1935-1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1977 y *Los orígenes del Frente Popular (1934-1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1979; Contreras, Manuel, *El PSOE en la II República: organización e ideología*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1981; Martín Nájera, Aurelio, *El grupo parlamentario socialista en la Segunda República. Estructura y funcionamiento*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2002 y *Partido Socialista Obrero Español. Congresos, Ejecutivas, Elecciones, Gobiernos, Cronologías, Agrupaciones*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2009; Graham, Helen, *El PSOE en la Guerra Civil. Poder, crisis y derrota (1936-1939)*, Debate, Barcelona, 2005;

¹²Bueso, Adolfo, *Recuerdos de un cenetista: de la Semana Trágica, 1909, a la Segunda República, 1931*, Ariel, Barcelona, 1976; Vadillo Muñoz, Julián, *Mauro Bajatierra. Anarquista y periodista de acción*, La Malatesta editorial, Madrid, 2011.

¹³ Losada Urigüén, María, *Insurreccionalismo en España durante la II República. Casas Viejas, Arnedo, Labastida*, Tesina inédita, Universidad del País Vasco.

¹⁴ Se conoce como *treintismo* a una corriente moderada en el interior del movimiento libertario que consideraba que la revolución social necesitaba un proceso de preparación dilatado en el tiempo que pasaba por una formación

Algunos, como el histórico dirigente Ángel Pestaña, pasaron directamente al campo político fundado en 1933 el Partido Sindicalista¹⁵. Sin embargo, el grueso del movimiento libertario siguió encuadrándose en la CNT y en la Federación Anarquista Ibérica (FAI), organización específica de grupos anarquistas que había nacido en Valencia en 1927¹⁶. Si por algo se caracterizó el anarquismo español durante este periodo fue por la complejidad de sus estructuras.

La victoria de las derechas en noviembre de 1933 significó para el movimiento libertario un nuevo elemento de crítica. A partir de ese momento los distintos medios libertarios hicieron constantes advertencias de un peligro de golpe de Estado de carácter fascista en España¹⁷. Además, fue un momento de acercamiento a su rival, la UGT, con la que protagonizó durante 1934 diversas huelgas en común a lo largo y ancho de España. El fracaso de la huelga general de octubre de 1934, ante la cual el anarquismo se mostró dividido (desde el unionismo de Asturias, pasando por los intentos de unión en Madrid y la oposición a la misma en Cataluña), significó un golpe para el anarquismo español, que durante 1935 debatió la estrategia a adoptar en el futuro y que se nucleó en varios puntos que se concretaron en 1936:

- Búsqueda de la unidad en el interior del movimiento libertario, cuestión que se concretó en el Congreso de Zaragoza de mayo de 1936 cuando los sindicatos de oposición se reincorporaron a la CNT.
- Búsqueda de la unidad revolucionaria con la UGT. Por ello emplazaba al sindicato socialista a un cambio revolucionario, considerando que la transformación social tenía que ir precedida de un acuerdo entre las distintas fuerzas sindicales.
- Medidas inmediatas, como dejar libertad de actuación a sus militantes de cara a las elecciones de febrero de 1936 que dieron el triunfo al Frente Popular. A tenor de las manifestaciones de libertarios como Miguel Abós o Buenaventura Durruti, este hecho no fue aislado.

Esta política de unidad se comenzó a aplicar desde muy pronto por la CNT, si bien encontró la oposición de otras fuerzas de la izquierda obrera, sobre todo entre los dirigentes. Aun así, el movimiento libertario se mostró cohesionado cuando se produjo el golpe de Estado del 18 de julio de 1936¹⁸.

ideológica, una extensión de la educación y un reforzamiento de la organización sindical bajo bases pragmáticas. Se oponía a cualquier estrategia insurreccional a corto plazo que fuese perjudicial para el propio movimiento libertario. Entre sus integrantes estuvieron personajes como Juan Peiró, Juan López o Ángel Pestaña. Esta diversidad de posiciones acabó por escindirlos de la CNT hasta el Congreso de Zaragoza de mayo de 1936 donde acabaron por reintegrarse. Ver Vega, Eulalia, *Anarquistas y sindicalistas. 1931-1936*, Institución Alfonso El Magnánimo, Valencia, 1987.

¹⁵ Lera, Ángel María de, *Ángel Pestaña. Retrato de un anarquista*, Argos, Barcelona, 1976; Díaz Herrera, Jesús, *El liderazgo político de Ángel Pestaña. De la ortodoxia anarquista al posibilismo libertario*, Editorial Descontrol, Barcelona, 2016.

¹⁶ Gómez Casas, Juan, *Historia de la FAI*, Fundación Anselmo Lorenzo y otros, Madrid, 2002.

¹⁷ Ver Vadillo Muñoz, Julián, “En pie contra el fascismo’ La prensa anarquista ante el golpe del 18 de julio de 1936” en *El Argonauta español*, número 13, Université Aix-en-Marseille, 2016.

¹⁸ Varias son las obras que analizan el anarquismo en la Segunda República, desde diferentes perspectivas. Destacaríamos las siguientes. Casanova, Julián, *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1936)*, Crítica, Barcelona, 2007 y *Tierra y Libertad. Cien años del anarquismo en España*, Crítica, Barcelona, 2012; Calero Delso, Juan Pablo, *El gobierno de la anarquía*, Síntesis, Madrid, 2011; Ealham, Chris, *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto (1898-1937)*, Alianza, Barcelona, 2005; Oyón, José Luis, *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerra (1914-1936)*, Serbal, Barcelona, 2008; Gómez Casas, Juan, *Historia del anarcosindicalismo español*, Zero ZYX, Madrid, 1983; Paniagua, Javier, *La larga marcha hacia la anarquía*, Síntesis, Madrid, 2009; Gutiérrez Molina, José Luis, *Anarcosindicalismo y revolución en Europa*, CGT, Valladolid, 2002 y *El Estado frente a la anarquía. Los grandes procesos contra el anarquismo español (1883-1982)*, Síntesis, Madrid, 2008; Marín, Dolors, *Anarquistas. Un siglo de movimiento libertario en España*, Ariel, Barcelona, 2010.

Los comunistas

A pesar de haberse fundado en 1921¹⁹, como la mayoría de sus homólogos europeos y mundiales, el Partido Comunista de España (PCE) no pasó de ser una organización marginal en los círculos obreros del país, a excepción de País Vasco, Cataluña o zonas de Andalucía. La inmensa mayoría de los marxistas españoles siguieron formando parte del PSOE y de la UGT²⁰.

El PCE recibió a la República el 14 de abril de 1931 con un “¡Abajo la República burguesa!, ¡Vivan los soviets!”. Y es que si algo caracterizó al comunismo español en aquellos primeros momentos fue un sectarismo que le alejó de las masas obreras.

Conscientes de que tanto socialistas como anarquistas les ganaban la partida en el campo obrero y sindical, los comunistas intentaron la articulación de una central sindical: la Confederación General de Trabajadores Unitaria (CGTU). Este paso se dio tras el fracaso de su intento de controlar a la CNT. Solo un núcleo en Sevilla consiguió su objetivo y José Díaz, una de las figuras más representativas del sindicalismo revolucionario andaluz, fue ganado para la causa comunista. Fracasada también su estrategia de desarrollo de una entidad sindical propia, los comunistas decidieron, ya en 1935, ingresar los efectivos de la CGTU en la UGT y volcar sus esfuerzos en el tradicional sindicato socialista.

Entre 1932-1933 la estrategia de los comunistas varió al mismo tiempo que las políticas de la Komintern o Internacional Comunista, organismo internacional fundado en 1919 con sede en la URSS que marcaba las pautas a seguir de las distintas secciones a ella adherida. La dirección de José Bullejos, Manuel Adame y Gabriel León Trilla fue desplazada y sustituida por nuevos personajes como José Díaz, que alcanzó la secretaría general en 1932, Jesús Hernández o Vicente Uribe. A partir de ese momento la influencia del PCE fue en aumento. Su política de unidad por la base con el resto de fuerzas obreras le dió mayor visibilidad al igual que el trasvase de fuerzas que se produjeron de organismos socialistas a comunistas, cuando estos últimos comenzaron a organizar estructuras propias en el interior de las Casas del Pueblo, que había sido históricamente un enclave socialista.

En el ámbito electoral también se produjeron importantes avances. José Antonio Balbontín, diputado por una coalición republicana en 1931, se afilió al PCE y se convirtió de ese modo en el primer diputado comunista español. Habría que esperar a las elecciones de noviembre de 1933 para que una candidatura del PCE obtuviera un acta de diputado. La elección del médico Cayetano Bolívar por Málaga ejemplificaba la cada vez mayor influencia de los comunistas en el panorama político. Influencia que comenzó a ser más sensible tras el congreso de la Komintern en 1935 donde se aprobó la necesidad de la participación de los comunistas en frentes amplios de la izquierda, lo que hizo que el PCE suscribiese el pacto del Frente Popular en 1936 y obtuviese con ello 17 diputados en las elecciones de febrero de ese año.

Al mismo tiempo, los comunistas fueron aproximándose a los sectores más revolucionarios del PSOE, con la intención de lograr una unificación de los partidos obreros. Esta estrategia no se llegó a conseguir, pero si el nacimiento de una sola organización juvenil, la JSU, y el nacimiento en Cataluña del PSUC.

¹⁹ El PCE nació el 14 de noviembre de 1921 tras un largo proceso que se inició con los debates en el interior del PSOE y de parte del anarquismo ante la Revolución rusa. Esto llevó a la fundación en 1920 de dos partidos: el Partido Comunista Español (conocido como el “partido de los cien niños”) surgido de una escisión en las Juventudes Socialistas, y el Partido Comunista Obrero Español (PCOE) por una escisión en el PSOE. El Komintern (III Internacional comunista) instó a ambos organismos a fusionarse, naciendo el Partido Comunista de España (PCE).

²⁰ Ribas, Pedro. *La introducción del marxismo en España (1869-1939). Ensayo bibliográfico*, Ediciones de La Torre, Madrid, 1981.

El PCE se había convertido en un partido cohesionado, encontrando parte de su base militante en sectores que hasta ese momento habían estado alrededor del republicanismo histórico. La Guerra Civil confirmó este avance y unidad, que serviría como base de enfrentamiento y rivalidad con el movimiento anarquista por el control del movimiento obrero²¹.

Sin embargo, no todos los grupos políticos comunistas que se formaron al calor de la Revolución rusa de 1917 y en el contexto de la escisión tercerista en el PSOE acabaron en el PCE. El grupo de Sabadell de la CNT, que acudió al congreso de la Internacional Sindical Roja (ISR) y no aceptó la decisión de la organización anarcosindicalista de romper con ésta en 1922, acabó fundando la Federación Comunista Catalano-Balear (FCC-B). En ese grupo se encontraron personajes como Joaquín Maurín o Andrés Nin. La estancia de Nin en Moscú durante años le convirtió en simpatizante de la posición de Trotsky frente a Stalin en la carrera por el poder tras la muerte de Lenin. La derrota de Trotsky y la persecución a la que fueron sometidos sus simpatizantes hizo que Nin abandonase la URSS.

Al proclamarse la República en 1931, esos grupos marxistas no adscritos al PCE conformaron dos organizaciones que no dejaron de ser marginales en los círculos obreros. Andrés Nin fundó la Izquierda Comunista Española (ICE) que durante un tiempo simpatizó con el trotskismo pero con el que finalmente acabaría rompiendo. Por su parte Maurín dinamizó un grupo mucho más activo, sobre todo en Cataluña: el Bloque Obrero y Campesino (BOC). En el ámbito sindical, muchos de los militantes de esas organizaciones se debatían entre la afiliación a la UGT o a la CNT. Finalmente, ambos grupos cerraron en 1935 un acuerdo de unificación que dio paso a la fundación del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). La fundación de este partido significó la ruptura total de Trotsky con sus partidarios más cercanos en España. El viejo líder bolchevique consideraba que el trabajo de estos militantes se tenía que centrar en el control del PSOE lo que tanto Nin como Maurín desecharon desde un principio.

El POUM fundó también su propio organismo sindical: la Federación Obrera de Unidad Sindical (FOUS), que fue un fracaso y acabó uniéndose a la UGT. A pesar de haber logrado articular un movimiento marxista que se presentaba como antiestalinista, el POUM tuvo una reducida implantación que se centró sobre todo en Barcelona, Lleida, otras zonas menores de Cataluña, Castellón, Valencia y Madrid. Sus enfrentamientos con el PCE respondieron desde el primer momento, en gran medida, a las luchas internacionales que el estalinismo tenía con su enemigo trotskista, aunque el POUM nunca fue una organización trotskista²².

La guerra y los conflictos internos

Históricamente se han querido establecer dos bloques monolíticos a la hora de afrontar la guerra civil. Por una parte, un bloque integrado por los republicanos, una parte de los socialistas y los comunistas que abogaban por ganar la guerra postergando cualquier transformación revolucionaria y, por otra, un bloque conformado por los socialistas de izquierda, los anarquistas

²¹ La historia del PCE tiene una amplia bibliografía. Aquí las obras más representativas que abordan este periodo. Estruch, Joan. *Historia del PCE (1) (1920-1939)*, El Viejo Topo, Barcelona, 1978; Hernández Sánchez, Fernando. *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la Guerra Civil*, Crítica, Barcelona, 2010; Elorza, Antonio y Bizcarrondo, Marta, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Planeta de Agostini, Barcelona, 2006; Cruz, Rafael, *El Partido Comunista de España en la Segunda República*, Alianza, Madrid, 1987; Vinyes, Ricard, *La formación de la Juventudes Socialistas Unificadas (1934-1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1976; Souto Kustrín, Sandra, *Paso a la juventud. Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República Española*, PUV, Valencia, 2013.

²² Durgan, Andrew Charles, *BOC (1930-1936). El Bloque Obrero y Campesino*, Laertes, Barcelona, 1996; Iglesias, Ignacio, *Experiencias de la revolución. El POUM, Trotski y la intervención soviética*, Fundación Andrés Nin y Laertes, Barcelona, 2003; Pagés, Pelai, *Andrés Nin. Una vida al servicio de la clase obrera*, Laertes, Barcelona, 2011; Alba, Víctor, *Dos revolucionarios: Andrés Nin y Joaquín Maurín*, Seminarios y Ediciones, Madrid, 1975; Solano, Wilebaldo, *El POUM en la historia. Andrés Nin y la Revolución española*, Catarata, Madrid, 1999.

y los poumistas que ponían el mismo empeño en ganar la guerra como en desarrollar una revolución que transformase la sociedad.

Hoy existen elementos suficientes como para considerar que tales visiones son excesivamente simplistas. Los debates y actitudes en cada una de las organizaciones de izquierda durante la guerra fueron lo suficientemente complejos como para valorar todo de forma tan estanca. Ciertamente, los libertarios tenían en mente una transformación revolucionaria de la sociedad, pero no dudaron desde el primer momento en postergar parte de sus principios para el triunfo en la guerra. Fue la razón por la que siendo históricamente antiestatistas dieron ministros, alcaldes y concejales; o por la que siendo antimilitaristas aceptaron la militarización impuesta por la República y sus unidades milicianas se integraron en el Ejército Popular de la República (EPR). Bien es cierto que no dejaron de ser decisiones con polémica en algunos sectores del movimiento libertario. Algunas unidades milicianas, como la Columna de Hierro, se resistieron a entrar en el EPR, aunque finalmente cedieron en sus pretensiones²³. Sin embargo, aunque se han tendido a sobredimensionar estas oposiciones, lo cierto es que la amplia mayoría del movimiento libertario optó por la vía colaboracionista. Desde muy pronto, en septiembre de 1936, los medios libertarios hablaron de la necesidad de establecer un mando único a nivel militar, así como lanzaron propuestas de la creación de organismos como el Consejo Nacional de Defensa, en septiembre-octubre de 1936, con la idea de sustituir al gobierno por una entidad revolucionaria compuesta por todas las organizaciones antifascistas, pero con mayoría sindical de la CNT y la UGT²⁴.

Lo que fue una realidad es que hubo rivalidad entre las distintas posiciones de la izquierda. Y esa rivalidad fue evidente entre los libertarios y los comunistas pues ambos grupos comenzaron a disputarse los mismos espacios de sociabilidad y poder. Estos conflictos larvados se comprueban mejor a escala local y regional. Los medios periodísticos de ambas tendencias ejercieron una labor de presión mutua. Aunque en muchos lugares se hacía un llamamiento a la unidad y el lenguaje fue políticamente correcto, las acciones que se desencadenaron en algunos lugares de la retaguardia alcanzaron cotas de violencia muy altas que terminaron con crímenes y asesinatos de integrantes de diversas tendencias antifascistas. Y aunque estas cuestiones no fueron nodales para el desarrollo y el final de la guerra, sí que se convirtieron en un problema permanente de la República en guerra.

Los dos acontecimientos más paradigmáticos de dichos enfrentamientos fueron los sucesos de mayo de 1937 y el golpe de Casado en marzo de 1939.

Los sucesos de mayo de 1937

Aunque los conflictos se produjeron en distintos puntos de la geografía española, lo cierto fue que en Cataluña alcanzaron mayor grado de violencia. Lo que sucedió en mayo de 1937 en Barcelona fue un *putch*, un golpe de fuerza para marcar diferencia de quien tenía mayor influencia y fuerza en el campo republicano.

En marzo de 1937 se produjo el robo de doce tanques en una fábrica de armas colectivizada por la CNT, que fueron recogidos por miembros del PSUC con, al parecer, una falsa orden del comité de la CNT. Pocos días después, los tanques fueron encontrados en el cuartel Vorochilov

²³ Amorós, Miquel, *José Pellicer. El anarquista íntegro. Vida y obra del fundador de la heroica Columna de Hierro*, Virus editorial, Barcelona, 2009.

²⁴ Calero Delso, Juan Pablo, *El gobierno de la anarquía...*, op. cit.; Mera, Cipriano, *Guerra, cárcel y exilio de un anarcosindicalista*, La Idea y otros, Madrid, 2006.

del PSUC. Ese mismo mes de marzo la Generalitat disolvió las Patrullas de Control²⁵, lo que provocó discrepancias entre las organizaciones y una crisis en el gobierno.

También en marzo surgió la *Agrupación Los Amigos de Durruti*. Eran miembros de la Columna Durruti²⁶ que se habían opuesto a la militarización. Criticaban la actitud reformista de los partidos y del gobierno, así como la actitud pactista de los comités de la CNT y de la FAI, reivindicando la vuelta a las estructuras revolucionarias surgidas en julio de 1936. Tendrían un papel determinante durante los sucesos de mayo. Aunque ideológicamente se situaban en la CNT y reivindicaban el anarquismo como fuente inspiradora, así como la figura de Durruti, el origen de algunos de sus dirigentes, como Jaume Balius, estaba en otras corrientes políticas, como el Estat Catalá (partido catalanista que llegó a tener contactos con el fascismo italiano), algo que fue utilizado para criticar a este grupo²⁷.

A partir de abril de 1937 la situación se hizo cada vez más tensa. El 25 de abril se produjo el asesinato de Roldán Cortada, miembro del Comité Central del PSUC. Este partido acusó de este hecho a incontrolados del entorno de la CNT y de la FAI. La CNT condenó el asesinato exigiendo una investigación. Apenas tres días después cayeron asesinados en Puigcerdá tres anarquistas, entre ellos Antonio Martín, alcalde de la localidad. Por el asesinato de Roldán Cortada fue detenido Luis Cano, consejero municipal anarquista de Hospitalet de Llobregat. Pero el 2 de mayo fue puesto en libertad por falta de pruebas.

El entierro de Roldán Cortada fue considerado por una parte del movimiento libertario y del POUM como un acto de provocación. El diario *La Batalla*, periódico del POUM, expresaba lo siguiente:

“Manifestación contrarrevolucionaria, de esas cuyo objetivo era el de crear entre las masas pequeño-burguesas y los campos más atrasados de la clase obrera un ambiente de program contra la vanguardia del proletariado catalán: la CNT, la FAI y el POUM”²⁸.

Por su parte, el PSUC llegó a decir en los días posteriores: “Las masas antifascistas deben unirse [...] Contra el enemigo interno, contra lo que nosotros llamamos elementos incontrolados”²⁹. A finales de abril de 1937 Artemio Aiguader, consejero de seguridad de la Generalitat y militante de ERC, hizo una declaración llamando a respetar el orden público. Esta cuestión fue determinante para suspender las manifestaciones con motivo del 1º de mayo.

El día 2 de mayo *Los Amigos de Durruti* celebraron un mitin en Barcelona y, poco después, hubo una reunión en la Casa CNT-FAI entre el Comité Regional de la CNT y el Comité Ejecutivo del POUM para valorar los acontecimientos de los últimos días. La idea de la CNT era calmar los ánimos y por ello envió un delegado a cada Regional y tres al Frente de Aragón. Pero ese mismo día se produjo la llegada de parte de la División Carlos Marx (PSUC) del frente de Aragón. Ante esta irrupción, los comités de la CNT fueron categóricos: no había que intervenir en ningún tipo de conflicto.

²⁵ Las Patrullas de Control eran como un cuerpo policial revolucionario al servicio de los Comités surgido tras el golpe de Estado y que realizaban tareas de orden público en la retaguardia republicana, sobre todo en Cataluña. Eran dependientes del Comité Central de Milicias Antifascistas (CCMA). El conflicto surgió cuando, ante la disolución del CCMA, muchos comités locales mantuvieron sus patrullas de control, lo que desde instancias gubernamentales se consideró una intromisión en las funciones de orden público y de la policía.

²⁶ Milicia fundada por la CNT-FAI y dirigida por Buenaventura Durruti, que, por su trayectoria, era uno de los anarquistas más emblemáticos.

²⁷ Amorós, Miquel. *La Revolución traicionada. La verdadera historia de Balius y los Amigos de Durruti*, Virus editorial, Barcelona, 2003 y *Los incontrolados de 1937. Biografías militantes de los Amigos de Durruti*, Aldarull, Barcelona, 2015

²⁸ *La Batalla*, 28 de abril de 1937

²⁹ *Treball*, 27 de abril de 1937.

El día 3 de mayo se desencadenaron los acontecimientos. Tres camiones con Guardias de Asalto ocuparon parte de la Telefónica³⁰ por iniciativa de la consejería de Orden Público de la Generalitat. Esta orden, dictada por Aiguader, al parecer no pasó por el Consejo de Gobierno, por lo que se consideró una orden unilateral del consejero. En pocas horas se formaron grupos armados de trabajadores y los comercios y medios de transporte se paralizaron. Se había decretado una huelga general. Por estos acontecimientos se produjo una reunión en la Generalitat que duró hasta altas horas de la madrugada.

El día 4 continuaron los combates entre las fuerzas del PSUC, el Estat Catalá y la policía, contra parte de los militantes anarquistas de la CNT y la FAI y los miembros del POUM. Ese día se asedió la central de Telefónica y el edificio del POUM. Por su parte, éste último y los libertarios asediaron las sedes y cuarteles que les eran hostiles. Los dirigentes de las organizaciones en litigio estaban reunidos para dar una salida al conflicto. Rafael Vidiella, dirigente del PSUC, hizo unas declaraciones a favor del alto el fuego y un llamamiento a la unidad antifascista³¹. En ese mismo momento, el dirigente de la CNT Juan García Oliver declaró lo siguiente:

“Camaradas: por la unidad antifascista, por la unidad proletaria, por los que cayeron en la lucha, no hagáis caso de provocaciones. No cultivéis en este momento el culto a los muertos. Que no sean los muertos, la pasión de la muerte de vuestros hermanos caídos lo que os impide en este momento cesar el fuego. No hagáis un culto a los muertos. En toda guerra civil como la que vivimos hay muertos siempre. Los muertos todos de la familia antifascista tendrán la misma gloria, tendrán el mismo honor. Tal como os lo digo, lo pienso. Me comprendéis, me conocéis suficientemente para pensar que en este momento solo obro por impulso de mi libérrima voluntad, porque me conocéis bastante para estar convencidos de que nunca, ni antes, ni ahora, ni el porvenir, nadie conseguirá arrancar de mis labios una declaración que no sea sentida. Si después de decir esto debo añadir: todos cuantos han muerto hoy son mis hermanos, me inclino ante ellos y los beso. Son víctimas de la lucha antifascista y les beso a todos por igual. ¡Salud camaradas, trabajadores de Cataluña!”³².

El día 5 de mayo fue clave. Para muchas fuentes tanto los anarquistas como el POUM habían decidido la retirada, en virtud de las reiteradas peticiones que hicieron sus comités, sobre todo los anarquistas. Pero ese día el gobierno de la Generalitat dimitió en bloque. Poco después *Los Amigos de Durruti* repartieron un manifiesto por las calles de Barcelona:

“CNT FAI. Agrupación “Los Amigos de Durruti”. ¡Trabajadores!. Una junta revolucionaria. Fusilamiento de los culpables. Desarme de todos los cuerpos armados. Socialización de la economía. Disolución de los partidos políticos que hayan agredido a la clase trabajadora. No cedamos la calle. La revolución ante todo. Saludamos a nuestros camaradas del POUM que han confraternizado en la calle con nosotros. VIVA LA REVOLUCIÓN SOCIAL... ¡ABAJO LA CONTRARREVOLUCIÓN!”³³.

¿A qué podían responder *Los Amigos de Durruti*? Quizá, sin conocerlo, se acercaban al modo de análisis que la Plataforma de Archinov desarrolló en 1926 en Francia. Archinov, junto con otro grupo de anarquistas rusos exiliados tras la revolución, constituyó el grupo Dielo Trudá, y desarrolló una plataforma para la creación de una unión de anarquistas de ámbito mundial. Esta plataforma fue duramente criticada por otros sectores anarquistas, destacando Errico Malatesta,

³⁰ La Telefónica fue tomada tras el fracaso de la sublevación militar en Barcelona en julio de 1936 y estaba controlada por un comité obrero de la CNT y la UGT.

³¹ Peirats, José, *La CNT en la Revolución Española*. Tomo II., Madre Tierra, Madrid, 1988, pág. 146.

³² *Ibidem*.

³³ Archivo propio. Folleto facsímil.

pues imponía una estructura básicamente centralista³⁴. José Peirats llegó a decir que dentro de *Los Amigos de Durruti* había miembros bolchevizantes que impulsaban ese tipo de política³⁵. En cualquier caso, Peirats asegura que no eran muchos.

El nuevo gobierno de la Generalitat se constituyó por la noche y lo formaban, entre otros, Valerio Mas, del Comité Regional de la CNT, Antonio Sesé, secretario general de la UGT, y Joaquín Pons, de la Unión de Rabassaires. Pero ese mismo día fue asesinado Antonio Sesé. La noticia corrió rápidamente y el PSUC acusó a los anarquistas, pues el disparo procedió de las barricadas de los libertarios. Desde *Solidaridad Obrera* lo negaron, argumentando que el lugar del asesinato no estaba controlado por los anarquistas sino por los *psuquistas*. Ese mismo día fueron asesinados los anarquistas italianos Camillo Berneri y Francesco Barbieri. Estos militantes libertarios habían huido del fascismo italiano y desarrollaban en Barcelona una tarea de propaganda anarquista, editando el periodo *Guerra di classe*³⁶.

Todos estos acontecimientos provocaron la disolución de ese efímero gobierno. Pero el gobierno central de Valencia comenzó a intervenir enviando unidades de guerra, entre ellas los destructores *Sánchez Barcaiztegui* y *Lepanto*. El orden público fue impuesto por el gobierno de la República.

Los días 6 y 7 de mayo se produjo un conflicto entre el Comité Regional de la CNT y la FAI, que hacían continuas llamadas de calma a sus filas, y *Los Amigos de Durruti*, que pretendían continuar con la lucha apoyados por el POUM. Mientras estos últimos acusaban a la CNT y a la FAI de burocratismo y dirigismo, los organismos confederales y faistas consideraron que la actitud *Los Amigos de Durruti* podría provocar la fractura del antifascismo. Por ello la CNT y la FAI desautorizaron a *Los Amigos de Durruti* y algunos de sus integrantes fueron expulsados de las organizaciones. Las Juventudes Libertarias, que desde el inicio de la Guerra Civil habían sido beligerantes con los organismos responsables de la CNT y la FAI, apoyaron en esta ocasión la decisión de desautorización de *Los Amigos de Durruti*.

El orden público recayó sobre el general Pozas, cercano al PCE, sofocando definitivamente el conflicto.

Todos estos acontecimientos no se circunscribieron solo a Barcelona. En Tarragona, el 5 de mayo se tomó el edificio de la Telefónica, en manos de la CNT y de la UGT. El día 6 se atacó dos veces el local de las Juventudes Libertarias, triunfando el segundo ataque. La CNT insistió en reclamar una reunión de todas las fuerzas antifascistas, pero hasta que los comunistas no aseguraron su superioridad política tal reunión no se produjo. La CNT y la FAI fueron desarmadas en Tarragona.

Tortosa y Vich fueron otras ciudades testigos de enfrentamientos. En Vich hubo acusaciones de que fascistas encubiertos apoyaron las acciones gubernamentales contra los anarquistas para poder recuperar el control de sus propiedades, en manos de las colectividades campesinas y obreras.

Este choque entre diversas fuerzas tuvo varias consecuencias. En primer lugar, se produjo una crisis de gobierno que acabó con la dimisión de Largo Caballero y la constitución de un nuevo ejecutivo encabezado por Juan Negrín y sin la presencia de sindicalistas en el mismo. En segundo lugar, la CNT salió debilitada. Había perdido su influencia en muchos sectores y ello provocó que

³⁴ Vadillo Muñoz, Julián, *Por el pan, la tierra y la libertad. El anarquismo en la Revolución rusa*, Volapük ediciones, Guadalajara, 2017, págs. 285-300

³⁵ Ealham, Chris, *Vivir la anarquía. Vivir la utopía. José Peirats y la historia del anarcosindicalismo español*, Alianza Editorial, Madrid, 2015, pág. 133.

³⁶ Richard, Vernon, *Enseñanzas de la Revolución Española*, Campo Abierto, Madrid, 1977, pág. 80. Sobre Camilo Berneri ver también el siguiente libro: Berneri, Camilo, *Guerra de clases en España, 1936-1937*, Tusquets, Barcelona, 1977. Un recopilatorio de textos del anarquista italiano y del periódico *Guerra di classe*.

desde ese momento buscarse la manera de volver a incorporarse al gobierno, así como acercarse al sector caballerista del socialismo con la finalidad de establecer un entendimiento entre la CNT y la UGT frente a lo que consideraban un excesivo peso de los comunistas. Con ello se pretendía frenar el control que el PCE quería ejercer sobre el movimiento obrero. Estos enfrentamientos tuvieron un nuevo episodio poco después cuando el gobierno de la República disolvió el Consejo de Aragón, de mayoría libertaria, y mandó a tal efecto a la 11 División dirigida por el comunista Enrique Lister, que desmanteló el proceso colectivizador que se había iniciado en la zona en julio de 1936.

Si la lucha entre libertarios y comunistas era debida al control del movimiento obrero, la lectura sobre el POUM es muy distinta. Había un debate de fondo sobre cómo organizar la guerra en Cataluña, pero contra ellos se estableció una acusación de colaboración con el fascismo a través de un inverosímil plan tras la detención de Golfín, un falangista al que se le decía en posesión de documentos que vinculaban al POUM con la Quinta Columna³⁷. Aunque nadie creía en esta acusación, lo cierto fue que los dirigentes del POUM fueron detenidos y encarcelados, y fueron juzgados en 1938, en un proceso judicial que llevó a la ilegalización del partido. Antes, su líder más carismático, Andrés Nin, fue detenido de forma ilegal, torturado y asesinado en el verano de 1937 en una prisión habilitada en Alcalá de Henares³⁸. La vinculación de los servicios secretos soviéticos con este hecho fue evidente, así como que muchos dirigentes del PCE tuvieron conocimiento de ello. Contó con la oposición del resto de fuerzas políticas, incluido el jefe del gobierno Juan Negrín, que veía en esta intromisión de los soviéticos un peligro para la causa republicana³⁹. Estaba claro que la lucha internacional de Stalin contra sus enemigos políticos tuvo un episodio en España en la propia lucha contra el POUM y la asignatura pendiente de un Andrés Nin que había sido un confeso seguidor de Trotsky en el pasado, aunque en el momento de su muerte ya no lo era. Se relaciona con los famosos juicios de Moscú contra la plana mayor del bolchevismo de otro tiempo y la ejecución de Trotsky en México en 1940⁴⁰.

Además, los verdaderos grupos trotskistas que existieron en España eran realmente escasos, con apenas una cincuentena de militantes, y tras los sucesos de mayo quedaron destruidos. En el momento de los sucesos de Barcelona existían dos grupos trotskista que eran rivales entre sí: *La voz leninista* y *El soviet*. El primero estaba reconocido por Trotsky y tenía como principales líderes a Grandizo Munis, el poeta surrealista Benjamín Peret y el polaco “Moulin”. El segundo, aun reclamando a Trotsky, no reconocía al secretariado pro IV Internacional⁴¹. Estaba subvencionado por el Partido Comunista Internacional⁴² de los disidentes Raymond Molinier y Pierre Frank. El líder y organizador de este último grupo fue Nicola di Bartolomeo, alias “Fosco”, asentado en Barcelona desde mayo de 1936 y que colaboró con el POUM aunque nunca se afilió. En mayo de 1937 *El Soviet* estaba formado por siete u ocho personas y solo hizo acto de presencia en las

³⁷ Se denominaba Quinta Columna a la organización clandestina y difusa de elementos que apoyaban el golpe militar en la retaguardia republicana. La denominación se debió al general Emilio Mola, que en los ataques a Madrid en el otoño de 1936 dijo que había cuatro columnas atacando la capital y una quinta que ya estaba en el interior, refiriéndose a militares y falangistas clandestinos.

³⁸ Vadillo Muñoz, Julián, *El movimiento obrero en Alcalá de Henares*, Silente, Guadalajara, 2013. Ver también el documental de Dolors Genovés para la catalana TV3 (*Operación Nikolai*).

³⁹ Jackson, Gabriel, *Juan Negrín. Médico, socialista y Primer Ministro de la República en Guerra*, Crítica, Barcelona, 2008; Moradiellos, Enrique, *Don Juan Negrín*, Península, Barcelona, 2006

⁴⁰ Michal, Bernard, *Los grandes procesos de la historia. Tomo I. Los procesos de Moscú*, Círculo de amigos de la Historia, Madrid, 1970; Garmabella, José Ramón, *El grito de Trotsky: Ramón Mercader, el asesino de un mito*, Debate, Barcelona, 2007; Padura, Leonardo, *El hombre que amaba a los perros*, Tusquest editores, Barcelona, 2011; Puigventós López, Eduard, *Ramón Mercader, el hombre del piolet. Biografía del asesino de Trotsky*, Now Books, Barcelona, 2015.

⁴¹ Organismo internacional impulsado por los seguidores de Trotsky para agrupar a las organizaciones y partidos antiestalinistas y defensores del modelo revolucionario de aquel. Se fundó oficialmente en 1938.

⁴² Fundado en París en 1929. Su órgano de expresión fue *La verité*.

barricadas. *La voz leninista* tampoco tuvo mucha fuerza, pero logró sacar un manifiesto a la calle⁴³. No es probable que tuvieran ningún tipo de relación con *Los Amigos de Durruti*, y su fuerza era tan escasa que es impensable que fueran cabeza de ninguna conspiración.

Tal como ha demostrado Fernando Hernández Sánchez, el PCE fue perdiendo peso en muchos aspectos y los libertarios rivalizaron con ellos por el control del comisariado⁴⁴, ya que el mayor número de Comisarios Políticos en el Ejército generaba un mayor peso de los organismo obreros en el mismo. Los anarquistas recuperaron terreno perdido, llegando a acceder nuevamente al gobierno republicano en 1938, cuando el militante libertario Segundo Blanco fue nombrado Ministro de Instrucción Pública en detrimento del dirigente del PCE Jesús Hernández⁴⁵.

A pesar de ello, las querellas que se habían ido acumulando con el paso del tiempo volvieron a emerger cuando el conflicto ya tocaba a su fin.

El golpe de Casado en marzo de 1939

La debilidad del gobierno republicano quedó en evidencia tras la derrota en la batalla del Ebro del Ejército Popular en otoño del 1938, quedando la zona leal dividida en dos y Cataluña aislada del resto del territorio bajo el control de la República.

Estos problemas militares se unieron a problemas políticos, de constantes crisis y críticas a la actuación del gobierno de Juan Negrín, cada vez más debilitado. El esperado giro internacional que provocaría el estallido de un conflicto en Europa entre las potencias democráticas y las fuerzas del Eje (Hitler-Mussolini) quedó herido de muerte tras la Conferencia de Munich de 1938, en la cual las potencias occidentales volvieron a ceder ante las exigencias nazis a expensas de Checoslovaquia. No se vislumbraba la posibilidad de un conflicto internacional a corto plazo.

Esto vino a movilizar a una parte del ejército republicano, que veía la posibilidad de poner fin a la guerra por medio de una especie de “abrazo de Vergara” (tal como había acabado la Primera Guerra Carlista en 1839⁴⁶). Para militares como Segismundo Casado el conflicto bélico civil se podía resolver entre militares, al mismo tiempo que mostraba su cara más amarga frente a los que consideraba la base de todos los males: los comunistas y el gobierno de Negrín⁴⁷. No es ninguna sorpresa que el propio Casado mantuviese relaciones secretas con miembros de la embajada británica en Madrid, así como con integrantes de la Quinta Columna⁴⁸.

Los movimientos entre bambalinas de Casado contaron con el apoyo circunstancial de otros agentes que tenían también querellas con los comunistas, pero por motivaciones distintas. Para

⁴³ Mintz, Frank y Peciña, Miguel, *Los Amigos de Durruti, los trotskistas y los sucesos de mayo*, Campo Abierto ediciones, Madrid, 1978, págs. 41-42.

⁴⁴ Hernández Sánchez, Fernando. *Guerra o revolución...*, op. cit., págs. 352-369. El comisario político era un oficial militar designado por el gobierno cuyo cometido era mantener la fidelidad de las unidades militares. Aunque su figura tiene su origen en la Revolución francesa, su desarrollo se debió al Ejército Rojo soviético, por lo que el peso de los comisarios en los ejércitos populares era muy grande. En el momento que se produjo la militarización de las milicias la posibilidad de tener el mayor número de comisarios políticos se convirtió en una competencia. Aunque al inicio de la Guerra Civil los comunistas tomaron ventaja, a lo largo del conflicto las diversas organizaciones del Frente Popular se intentaron hacer con el mayor número de comisarios políticos.

⁴⁵ Calero Delso, Juan Pablo, *El gobierno de la anarquía...*, op. cit., págs. 315-335.

⁴⁶ El Abrazo o Convenio de Vergara fue la forma que tuvo de sellarse la paz el 31 de agosto de 1839 entre el general Espartero, liberal a las órdenes de la reina Isabel II, y el general Maroto, carlista partidario del pretendiente don Carlos. Finalizaba así seis años de conflicto civil. El abrazo entre un general liberal y uno carlista se tomaba como representativo de la concordia. Se tomaba también como un pacto entre militares. A pesar ello el conflicto entre liberales y carlistas no se resolvió y se desarrollaron dos guerras más en el siglo XIX.

⁴⁷ Casado, Segismundo, *Así cayó Madrid*, Ediciones 99, Madrid, 1977.

⁴⁸ Viñas, Ángel y Hernández Sánchez, Fernando, *El desplome de la República*, Crítica, Barcelona, 2009, págs. 91-94.

los socialistas caballeristas y para una parte de los anarcosindicalistas, los resultados de los sucesos de mayo de 1937 seguían muy presentes y esperaban su oportunidad para poder desquitarse. La posición de estos grupos no venía determinada tanto por cuestiones de carácter político y de oposición al gobierno de Negrín (coincidían en muchas cuestiones) sino que eran el resultado de rivalidades ideológicas y organizativas con los comunistas.

Casado supo calibrar estas rivalidades para poder conseguir sus objetivos de promover un golpe contra el gobierno de Juan Negrín, que era un gobierno legítimamente constituido pero que había perdido gran parte de las bases sociales que lo sustentaban. Además, el reconocimiento del gobierno rebelde de Franco por parte de Francia y Reino Unido significó un duro golpe para las aspiraciones del gobierno de Negrín, que aun confiaba en una ayuda a la República de las potencias aliadas que pudiese variar el curso de la guerra. Además, fue precisamente al final de la guerra cuando la República declaró el estado de guerra, lo que permitió a una serie de militares querer tomar las riendas de la situación y establecer un gobierno bajo su control.

Estas fueron las circunstancias que el 5 de marzo de 1939 determinaron a Casado, a un grupo de fieles (entre los que se encontraban personajes como José Centaño de la Paz, quintacolumnista reconocido) a dar un golpe de Estado contra el gobierno. Antes del golpe de Casado se produjo un levantamiento en Cartagena a cuyo frente se puso Miguel Buiza, jefe de la flota republicana. Allí, el caos fue generalizado pues se enfrentaron en las calles fuerzas partidarias del golpe, fuerzas adeptas al gobierno de Negrín y fuerzas franquistas que estaban agazapadas en la misma ciudad.

En Madrid, el golpe se produjo el 5 de marzo. Desde el Ministerio de Hacienda, las fuerzas sublevadas contra el gobierno de Negrín emitieron una serie de comunicados. Fuerzas militares, pero también políticas (Izquierda Republicana, Unión Republicana, Partido Sindicalista, la Agrupación Socialista de Madrid encabezada por Wenceslao Carrillo, sectores de la UGT y de la CNT) se sublevaron contra el gobierno presidido por Negrín. Julián Besteiro, histórico líder socialista y ugetista que no tuvo papel alguno en la Guerra Civil, apoyó la iniciativa de Casado desde el principio. Aunque el presidente Negrín intentó frenar el golpe, hablando con el mismo Casado y llamándole a desistir de su actitud, lo cierto fue que una parte importante del Ejército se había puesto a favor del primero.

Consecuencia de este acontecimiento fue la constitución del Consejo Nacional de Defensa (CND) conformado por dos republicanos (Miguel San Andrés de IR y José del Río, de UR), dos socialistas (Wenceslao Carrillo del PSOE y Antonio Pérez García de la UGT) y dos anarquistas (Manuel González Marín y Eduardo Val de la CNT). El CND estuvo presidido por el general José Miaja y al frente de la consejería de Estado se situó Julián Besteiro.

Con las sublevaciones de Cartagena y de Madrid, la posición del gobierno de Negrín se volvió muy comprometida, cuando la mayoría de sus ministros ya no se encontraban en España y el propio Manuel Azaña había dimitido como Presidente de la República. A pesar de ello, las fuerzas afectas a Negrín intentaron resistir al movimiento de Casado, sobre todo por iniciativa del PCE. Se iniciaba la llamada “Semana del duro” (los combates se extendieron durante cinco días), en la que las fuerzas del CND lograron derrotar a los leales a Negrín. En Madrid, el protagonista de los combates fue Cipriano Mera, jefe del IV Cuerpo de Ejército⁴⁹ e histórico militante de la CNT.

Comenzó una represión contra los comunistas y muchos de sus militantes acabaron presos y en campos de concentración montados para tal efecto⁵⁰. Se había dado la vuelta a la situación que se generó tras mayo de 1937, cuando fueron las fuerzas afectas a los caballeristas y los

⁴⁹ Mera, Cipriano, *Guerra, cárcel y exilio...*, op. cit., págs. 297-308.

⁵⁰ Casado, Segismundo, *Así cayó Madrid*, op. cit., pág. 168.

anarcosindicalistas los que fueron derrotados y muchos de sus militantes encarcelados. En Aragón, tras el desmantelamiento de las colectividades obreras en agosto de 1937, muchos anarquistas fueron detenidos, encarcelados y encontrados en la cárcel a la llegada del ejército franquista⁵¹. Esta circunstancia se repitió en Madrid a la entrada de las tropas franquistas en marzo de 1939 teniendo como protagonistas, en este caso, a los comunistas (aunque la represión afectó entonces, con el final de la guerra, a todas las fuerzas antifascistas).

Llegados a este punto hay que establecer las diferencias que existieron entre Casado y los *casadistas*. Como bien ha mostrado el profesor Ángel Bahamonde, Segismundo Casado, como militar profesional, estimaba que la Guerra Civil se podía solucionar entre los propios militares⁵². De hecho, Casado se quería reservar la posibilidad de mantener los grados a los militares profesionales que se quisieran quedar en España tras la guerra. Sin embargo, esa “benevolencia” por parte de los franquistas no se dio y los afectos a Casado acabaron en prisión, ejecutados o en el exilio⁵³.

Sin embargo, los *casadistas*, es decir, los apoyos políticos del golpe de Casado no tenían esa visión castrense de la guerra y del final de la misma. En el caso de los libertarios, su posición fue siempre debida a su fuerte oposición al PCE. Esto explica su apoyo al golpe de Casado. Además, el apoyo libertario estaba dividido entre la amplia mayoría de la CNT de Madrid, que es la que se integró en el CND, y la oposición al mismo del Comité Nacional de la CNT, dirigido Mariano Rodríguez Vázquez. Una vez consumado el golpe y constituido el CND, afloraron las diferencias entre Casado y los libertarios. Casado quería liquidar la guerra a cualquier precio mientras que los anarquistas no pensaban así, y en caso de ofrecerse un cheque en blanco a los franquistas iban a resistir hasta el final. Esta política de resistencia de los anarquistas no se diferenciaba apenas en nada a la que había mantenido Negrín semanas antes.⁵⁴

El apoyo de los socialistas a Casado estaba motivado por las disputas internas en el propio partido, entre los caballeristas mayoritarios en la Agrupación Socialistas de Madrid y los negrinistas. Esta división se heredaba también de la crisis de gobierno de mayo de 1937, en la cual afloraron las diferencias entre los distintos sectores del partido. A esto se vino a unir la figura de Julián Besteiro. Lo que unía a Besteiro y a los caballeristas era su oposición a Negrín⁵⁵.

Lo cierto fue que Casado por ambición, socialistas y libertarios por ingenuidad, Negrín por obstinación y los comunistas por el excesivo peso de su política internacional, provocaron la aceleración de un proceso que terminó con el derrumbe definitivo de las estructuras republicanas y la toma por parte de las fuerzas sublevadas de los últimos objetivos de guerra. Se implantaba una dictadura que trató a todos los vencidos por igual.

Balance historiográfico

No hay monografía de la Guerra Civil que no aborde las disputas entre las distintas posiciones políticas en la retaguardia republicana. Algunas lo hacen en breves epígrafes, otras utilizan capítulos enteros. Sin embargo, también se han desarrollado monografías exclusivas para valorar

⁵¹ Díez Torre, Alejandro R., *Confederados. Orígenes del cambio regional de Aragón, 1900-1936* (Volumen I) y *Solidarios. Un turno del pueblo. Aragón, 1936-1938*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2004 y *Trabajan para la eternidad. Colectividades de trabajo y ayuda mutua durante la Guerra Civil en Aragón*, La Malatesta editorial y PUZ, Madrid, 2009; Ascaso, Joaquín, *Memorias (1936-1938). Hacia un nuevo Aragón*, PUZ, Zaragoza, 2006.

⁵² Bahamonde, Ángel, *Madrid, 1939. La conjura del coronel Casado*, Cátedra, Madrid, 2014.

⁵³ *Ídem*, págs. 242-257.

⁵⁴ Mera, Cipriano, *Guerra, cárcel y exilio...*, op. cit.; Viñas, Ángel y Hernández Sánchez, Fernando, *El desplome de la República*, op. cit., págs. 379-380.

⁵⁵ Preston, Paul, *El final de la Guerra. La última puñalada a la República*, Debate, Barcelona, 2014.

el alcance de estos conflictos. Sería inabarcable realizar un estudio historiográfico de los mismos, por lo que haremos tan solo una aproximación a los más representativos.

Desde el mismo momento de la Guerra Civil ya aparecieron textos que intentaron dar una explicación a estas divergencias en el campo republicano. Eran escritos con una fuerte carga ideológica donde cada postura intentaba justificar su actitud. Aquí destacaríamos el folleto que *Los Amigos de Durruti* publicaron en 1937 con el título *Hacia una nueva revolución* o el texto que las ediciones españolas Ebro editaron el mismo año con el título *Los sucesos de Barcelona. Relación documental de las trágicas jornadas de la 1ª semana de mayo de 1937*, que es una visión de la CNT y de la FAI. Tuvo varias ediciones y relató de forma pormenorizada los sucesos acaecidos en esa ciudad.

El final de la Guerra Civil y la derrota republicana vinieron acompañadas de una división mayor en el exilio. Las fuerzas republicanas tendieron a responsabilizarse unas a otras de las causas de la derrota. Incluso dentro de los propios organismos exiliados surgían historias oficiales e historias al margen de esa *oficialidad*. Las memorias de los militantes sirvieron para poder valorar la posición personal de cada uno en relación al conjunto, como material justificativo. La amplia mayoría de militantes antifascistas escribieron y publicaron memorias en esta línea (Cipriano Mera, Juan García Oliver, Eduardo de Guzmán, Jesús Hernández, Dolores Ibarruri, o Enrique Lister).

En estas cuestiones cabría destacar la evolución del movimiento comunista. Una figura que la ejemplificó fue la del ex ministro de Instrucción Pública Jesús Hernández. En 1941 redactó un libro, publicado en 1946 por La España Contemporánea en México: *Negro y rojo. Los anarquistas en la revolución española*, donde escribió una diatriba contra los anarquistas en una clara cuenta pendiente desde la Guerra Civil. Sin embargo, en el momento de la publicación, Hernández estaba a punto de entrar en conflicto con los integrantes de su propio partido hasta ser definitivamente expulsado de él. En 1953 escribió sus memorias con el título *Yo fui ministro de Stalin*, publicadas en México. En España contaron con dos ediciones. Una, realizada por la editorial franquista Nos, manipulada, y otra, por G. del Toro en vísperas de la muerte de Franco. En un tono distinto, Hernández muestra su visión de lo sucedido en España y de la actitud que los servicios soviéticos tuvieron en el devenir de la guerra⁵⁶.

En una línea distinta estaría la figura de Enrique Castro Delgado, destacado militante comunista en la guerra, que publicó en 1960 su libro *Hombres made in Moscú*, donde también hizo una feroz crítica contra los servicios soviéticos y la política de los comunistas en la guerra. A diferencia de Hernández, que a pesar de ser expulsado del PCE intentó crear un nuevo partido bajo el paraguas del titismo, Castro Delgado se fue alejando del comunismo hasta regresar a España todavía bajo el gobierno de Franco. Otro militante con estas mismas posiciones fue Valentín González, *El Campesino*, que recorrerá un largo camino para acabar integrado en el PSOE en la Transición, con obras como *Vida y muerte en la URSS* publicada en 1950.

Estas disputas de los comunistas se vieron reflejadas las memorias de Dolores Ibarruri, *La Pasionaria*, publicadas en 1962 con el título *El único camino*, donde con un lenguaje propio de los años '30 no solo defiende la política del PCE, sino que incide en cuestiones superadas como el supuesto "trotskismo" del POUM. Caso distinto serían las memorias de Enrique Lister, *Nuestra guerra. Memorias de un luchador* (publicadas en 1962 pero que cuentan con una edición más reciente de Silente en 2007), que completaría posteriormente, en 1982, con su *Así destruyó Carrillo el PCE*, cuando Lister ya había montado su propio partido independiente, el Partido Comunista Obrero Español (PCOE). Santiago Carrillo también escribió unas extensas memorias donde ajusta cuentas con sus oponentes políticos y justifica su política al frente del PCE (*Memorias*, editadas por Planeta en 1993 y reeditadas en numerosas ocasiones). En realidad, estas memorias son el

⁵⁶ Hernández Sánchez, Fernando, *Comunistas sin partido. Jesús Hernández: Ministro en la Guerra Civil, disidente en el exilio*, Raíces, Madrid, 2007.

reflejo de la rivalidad entre los propios comunistas y con otras opciones políticas. Un debate al que se unieron incluso ex agentes soviéticos que tuvieron participación en la Guerra Civil, como Walter Krivitsky (*Yo, Jefe del Servicio Militar Soviético* escritas en 1939) o Alexander Orlov (*The secret history of Stalin's crimes* publicado en 1953).

Otros militantes como Julián Gorkin, antiguo dirigente del POUM, no dudaron en colaborar con organismos cercanos a la CIA a través de instituciones que subvencionaban sus obras para escribir contra los postulados soviéticos en medio de la Guerra Fría. Los textos de Gorkin como *Caníbales políticos* (1941) o *España, primer ensayo de democracia popular* (1961) no dejaban de ser un ataque constante a la URSS que fue aprovechado por el llamado Congreso por la Libertad de la Cultura, debidamente subvencionado por la CIA americana. Aunque por otros motivos, el histórico dirigente del POUM Víctor Alba también tuvo una evolución que le llevó a valorar desde su posición personal los conflictos en la retaguardia republicana, siempre manteniendo su defensa del POUM.

Y fue la Guerra Fría un elemento importante a la hora de abordar el tratamiento de la Guerra Civil y los propios conflictos internos. La Guerra Civil siempre fue objeto de análisis y estudios de extranjeros que o bien vinieron a España a combatir en las filas antifascistas o, con el tiempo, se interesaron por el conflicto español. Personajes como Orwell (*Homenaje a Cataluña*, escrito en 1938), Langdon-Davies (*Behind the Spanish barricades*, publicado en 1936), Borkenau (*El reñidero español*, de 1937), ya analizaron estos conflictos. Sin embargo, con el paso del tiempo aparecieron análisis desde una posición más académica. Habría que destacar aquí la figura de Burnett Bolloten, norteamericano que había empezado a militar en el Partido Comunista, del que se fue alejando paulatinamente. En España actuó como corresponsal de guerra⁵⁷. Ya en EEUU sus posiciones cambiaron hasta escribir un libro que ha tenido varias traducciones. En 2004 se publicó con el título *La Guerra Civil española. Revolución y contrarrevolución* en Alianza Editorial. Bolloten sostiene que la Guerra Civil fue manipulada por los soviéticos y los comunistas. A partir de aquí explica todos los conflictos internos en la retaguardia republicana. A lo largo de su libro se muestra crítico con todas las tendencias de la izquierda si bien es más virulento con los comunistas. Este libro, escrito en 1961, muy documentado y cuyos archivos hoy todavía se pueden consultar en la Hoover Institution Archives, fue la base para que la extrema izquierda y una parte del movimiento libertario nutriesen sus obras, a pesar de lo crítico que es Bolloten con el movimiento libertario, al que acusa de crear micropoderes dictatoriales. Sin embargo, la obra de Bolloten adolece de base empírica en muchas conclusiones y se deja llevar por un excesivo peso ideológico. Además, coincidiendo con algunas teorías cercanas al trotskismo y, curiosamente, a la extrema derecha, Bolloten concluye que de haber ganado la guerra la República el país habría desembocado en una especie de “democracia popular” al estilo de las desarrolladas en la Europa del Este tras la Segunda Guerra Mundial. Una ucronía o contrafactual sin base científica-histórica pues el término democracia tenía unas connotaciones en los años ‘30 que luego perdería, así como que nada hace suponer que la fuerza relativa del PCE durante la guerra le llevase a poder constituir tal tipo de democracia popular. Posiciones similares defendieron los historiadores franceses Pierre Broué y Émile Témime en su libro *La révolution et la guerre d'Espagne*, publicado en 1961. Este texto tiene mucho interés en tanto en cuanto recupera un pasado que estaba oculto por la historia como es el desarrollo de las colectividades obreras y el poder obrero que se implantó en muchos puntos de la retaguardia republicana. Pero el peso de la ideología trotskista de los autores les hace caer en ocasiones en lugares comunes y en cuestiones que las nuevas historiografías han superado. Lo mismo se puede decir de *Trotsky y la guerra de España* del mismo Broué, recopilación de textos publicados en 1975.

⁵⁷ Preston, Paul, *Idealistas bajo las balas. Corresponsales extranjeros en la guerra de España*, Debate, Barcelona, 2007.

En una línea más netamente militante trotskista o cercana al mismo situaríamos los libros de Félix Morrow, *Revolución y contrarrevolución en España* (1978) o el más clásico de Grandizo Munis, *Jalones de derrota, promesas de victoria. Crítica y teoría de la revolución española (1930-1939)*, publicado en 1977. Ambos libros coinciden en hacer una lectura de la extrema izquierda en la Guerra Civil española. No solo se hace una crítica a la República como régimen burgués y al Partido Comunista como artífice de la contrarrevolución, sino a las organizaciones libertarias, a las que se acusa de hacer el juego al capitalismo y subyugar las posibilidades de transformación revolucionaria. Una línea que en España mantuvo Carlos Semprún-Maura en su libro de 1978 *Revolución y contrarrevolución en Cataluña (1936-1937)*. No se puede olvidar en este apartado de las lecturas de la extrema izquierda y del trotskismo a Marcel Ollivier y su *Les journées sanglantes de Barcelone*, libro publicado en 1970.

Lo curioso es que mucha bibliografía generada por el anarquismo o las propias memorias que muchos anarquistas escribieron años después del conflicto, se vieron persuadidas por estos libros, sobre todo por el de Bolloten. Y esto solo se puede explicar por el peso que la crítica al PCE mantenía en muchos sectores libertarios. También influyeron algunos escritos de los trotskistas o de personajes como Carlos Semprún-Maura, que no era precisamente benevolente con los comités de la CNT durante la guerra.

Mientras en el interior de España durante aquellos años se mantenía la visión franquista de la Guerra Civil, e incluso algunos acontecimientos, como los sucesos de Mayo, se atribuían a los servicios secretos franquistas, en el exterior se comenzó a desarrollar una historiografía académica representada por personajes como Hugh Thomas, Gabriel Jackson o Pierre Vilar. Estos historiadores analizaron la Guerra Civil con las pocas herramientas de archivo que tenían a mano. Ya en esta época se adentró en los conflictos internos del bando republicano Manuel Cruells con su obra *Els fets de Maig. Barcelona, 1937*, publicada en 1970.

Habría que esperar a la siguiente generación de historiadores españoles, en la que se ubican Javier Tusell, Tuñón de Lara (ya más veterano) o Julio Aróstegui, para que la historiografía española se adentrara en la guerra civil española con solvencia académica. Y en esas nuevas obras que fueron surgiendo se van desarrollando ya capítulos o monografías que intentaban aproximarse a los conflictos internos del bando republicano. La muerte de Franco posibilitó el acceso de forma libre a la bibliografía que desde fuera de España se había generado desde la derrota, destacando la labor que desarrolló la editorial Ruedo Ibérico. Además, las obras de memorias de personajes como Diego Abad de Santillán (*¿Por qué perdimos la guerra?* de 1940 pero publicada en España en 1977), Juan García Oliver (*El eco de los pasos*, de 1978) o Jacinto Toryho (*No éramos tan malos*, de 1975) comenzaron a extenderse, gracias a la importante labor de la editorial G. del Toro. Para el tema que nos ocupa son interesantes las memorias del socialista Justo Martínez Amutio, publicadas en 1974, que con el título *Chantaje a un pueblo* realizan una dura crítica contra los comunistas desde su posición de socialista militante.

Y aunque en numerosas monografías se fueron desarrollando esos conflictos internos, lo cierto es que la historiografía más reciente es la que más aporta al debate historiográfico sobre el tema. Han sido varias las obras sobre el anarquismo o el comunismo que se han publicado en los últimos tiempos y que han servido para introducir estas contradicciones internas. Historiadores como Julián Casanova, Fernando Hernández Sánchez, Laura Vicente o Antonio Elorza, han escrito monografías sobre asuntos donde estos conflictos han sido nodales.

Además, algunas monografías se han dedicado exclusivamente a los conflictos internos. Aquí comenzaríamos por citar la obra de Josep Sánchez Cervelló *¿Por qué hemos sido derrotados? Las divergencias republicanas y otras cuestiones*, editada en el año 2006, cuando se realizaban los fastos públicos del 70 aniversario del inicio de la Guerra Civil. En este libro, Sánchez Cervelló apunta

algunas líneas de investigación que otros desarrollarán posteriormente de forma más pormenorizada.

Sobre los sucesos de mayo de 1937 comenzaron a proliferar trabajos de enorme importancia. En 1978, Frank Mitz y Miguel Peciña publicaban un libro corto pero intenso con el título *Los Amigos de Durruti, los trotskistas y los sucesos de mayo*, editado por Campo Abierto. En esta pequeña obra rescataban artículos y acontecimientos de los sucesos de mayo desde una perspectiva anarquista. Es importante porque recuperaron la cabecera de *Los Amigos de Durruti*, que tenía el nombre de *El Amigo del Pueblo* (en claro guiño al periódico de Marat en la Revolución francesa), así como posiciones de *La Batalla* y *La noche* (periódico cercano a la CNT), donde escribieron muchos de los integrantes de esta organización. Diez años después varios autores rescataban los sucesos de mayo en Barcelona en la obra colectiva *Los sucesos de mayo de 1937. Una revolución en la República*. Quizá el trabajo reciente mejor documentado sobre los sucesos de mayo es el que Ferrán Gallego publicó en Debate con el título *Barcelona, mayo de 1937. La crisis del antifascismo en Cataluña*. Gallego hace una introspección en la historia de la República desde su proclamación en 1931 hasta los enfrentamientos entre tendencias en mayo de 1937 en Cataluña, exportable en muchos parámetros a otros lugares de España. Quizá este libro hace mucho más énfasis en las posiciones del PSUC, lo que no desluce un trabajo muy bien documentado. También José Luis Martín Ramos realizó una aproximación al fenómeno en el año 2010 con un libro publicado en El Viejo Topo y coordinado por él mismo con el título *Els fets de Maig*.

No es mi intención abordar artículos porque haría inabarcable este texto, pero los trabajos de Godicheau son importantes para entender el avance en la investigación. Desde su “Los hechos de mayo de 1937 y los presos antifascistas: identificación de un fenómeno represivo” publicado en *Historia Social* en el año 2002 o “El proceso contra el POUM: proceso ordinario de una justicia extraordinaria” publicado en *Historia Contemporánea* en 2005, textos vinculados con su libro *La Guerre d'Espagne. Révolution et République en Catalogne (1936-1939)*, de 2004. Por último, habría que destacar el trabajo de Manuel Aguilera Povedano titulado *Compañeros y camaradas. Las luchas entre antifascistas en la Guerra Civil española*, editado por Actas Historia en 2012. La virtud de esta obra es la reconstrucción pormenorizada de los sucesos de 1937 y del golpe de Casado, en una recopilación de datos que es casi al minuto. Sin embargo, los antecedentes ideológicos son escasos y hay algunos lugares comunes en la interpretación, haciéndose demasiado deudor de las lecturas de Bolloten ante algunos acontecimientos.

Aunque es una visión general de la historia del comunismo durante los veinte años que median entre 1919 y 1939, el libro de Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, publicado en 1999 con el título *Querido camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, aborda estos conflictos. Este libro tiene una base de documentación sólida, pero peca en muchas ocasiones de exceso de interpretación. Para Elorza y Bizcarrondo el proceso contra el POUM fue una injusticia, pero era algo necesario en el momento histórico. El texto no adolece de lugares comunes en lo que intenta ser una historia definitiva sobre el comunismo español en ese periodo. A pesar de algunos inconvenientes es una parada obligatoria para abordar el proceso. Por otra parte, el libro de Fernando Hernández Sánchez *Guerra o Revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil*, publicado por Crítica en 2010, sí alcanza a explicar de forma muy detallada la evolución del PCE en la guerra y los motivos de las disputas con el resto de corrientes políticas, marcando que su enfrentamiento con el POUM responde a un proceso que viene del exterior mientras que su disputa con la CNT responde más a un conflicto doméstico de lucha por el control del movimiento obrero.

Las cuestiones de control del poder popular tienen en las obras de Josep Antoni Pozo uno de sus mejores exponentes. La obra de este historiador catalán, con el título *El poder revolucionari a Catalunya durant els mesos de juliol a octubre de 1936. Crisi i recomposició de l'Estat* y publicada en diversos volúmenes por la Editorial Renacimiento, es uno de los mejores exponentes para

entender el debate historiográfico que se dio entre el poder revolucionario y el poder antifascista y que degeneró en los sucesos de mayo de 1937. Aunque mantiene algunas tesis polémicas, Josep Antoni Pozo desarrolla un estudio rico en datos e interpretaciones. Sobre el peso de los comités de defensa quien más ha escrito ha sido Agustín Guillamón. Su obra de 2007 *Barricadas en Barcelona. La CNT de la victoria de Julio de 1936 a la necesaria derrota de Mayo de 1937*, no deja de ser deudora de anteriores visiones aunque no es menos interesante por ello. Continuada de esta primera obra publicó otra en 2011 con el título *Los Comités de Defensa de la CNT en Barcelona, 1933-1938*. Chris Ealham aborda parte de estos debates en la última sección de su libro *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, publicado en 2005 y una de las obras más completas al respecto y con un enfoque novedoso a la hora de establecer conclusiones. Otro historiador, Josep Termes, contribuyó con su libro sobre los sucesos de la Fatarella (precedente de los sucesos de mayo de 1937), *Miseria contra pobreza: els fets de la Fatarella del gener de 1937*, publicado por Afers en 2005.

El golpe de Casado ha sido objeto de recientes estudios que han venido a contribuir en gran medida a avanzar en la investigación de este aspecto concreto de la guerra. El libro más clásico es el de las memorias justificativas de Segismundo Casado: *Así cayó Madrid*. Cuenta con una primera versión en inglés en 1939 y otra en castellano con ligeras variaciones, de 1968, cuando el viejo militar republicano ya había regresado a España en la década de 1960. También clásico es el trabajo de 1944 de Bruno Alonso, *La flota republicana y la Guerra Civil española*, donde abordó estos conflictos. En 1976 Luis Romero publicó un libro de escaso interés en la actualidad con el título *Desastre en Cartagena, marzo de 1939* editado por Ariel.

Sin embargo, la bibliografía más interesante respecto a este tema son obras editadas en el siglo XXI. Javier Cervera Gil y Ángel Bahamonde publicaron en el año 2000 en Marcial Pons su libro *Así terminó la guerra de España*, en el que hacen un exhaustivo repaso a los acontecimientos generados alrededor del golpe de Casado. Luis Miguel Pérez Adán sorprendía en 2004 con una interesante obra titulada *El Hundimiento del Castillo Olite* sobre uno de los barcos implicados en aquellas jornadas en Cartagena, la otra plaza fuerte del conflicto del final de la Guerra Civil.

El salto cualitativo se dio en el año 2009 con la publicación por Crítica de la obra conjunta de Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez *El desplome de la República*, donde hacen un repaso exhaustivo a todas las tendencias implicadas en aquellos últimos momentos de la Guerra Civil respaldado con un gran aporte documental.

Al cumplirse el 75 aniversario del final de la Guerra Civil en el año 2014, se publicaron dos libros de mucho interés. Uno del profesor Ángel Bahamonde con el título *Madrid, 1939. La conjura del coronel Casado*, publicado por Cátedra. Se centra en una parte olvidada de todo este conflicto: los militares y el destino que tuvieron en ambas partes enfrentadas tras el final de la Guerra Civil. Otro importante libro corrió a cargo de Paul Preston que en *El final de la Guerra Civil. La última puñalada a la República*, publicado por Debate, hace un repaso a todos los pormenores de aquel conflicto, completando, junto a Viñas-Hernández y Bahamonde los textos más interesantes y trabajados hasta el momento.

Existen muchas más obras al respecto, pero hacer un seguimiento de bibliografía regional o local haría inabarcable el texto. Con los textos referidos se puede hacer una idea de la magnitud del tratamiento de los conflictos en el interior del bando republicano.

A modo de conclusión

Los conflictos políticos en el bando republicano ha sido una de las aristas más trabajadas por los estudios de la Guerra Civil española. Valorando el peso que se ha dado a lo largo de la historia a estos acontecimientos se puede llegar a concluir que ha sido el eje donde se han buscado, con

mayor profundidad, las posibles causas de la derrota de la República en 1939. Estos debates fueron consustanciales al largo exilio que sufrieron las organizaciones que habían conformado el llamado campo republicano.

A medida que fue pasando el tiempo y los análisis se fueron alejando de las visiones particulares de los protagonistas o del debate político, los trabajos de investigación realizados han ido conformando una visión más de conjunto de estos conflictos. Desde los trabajos de los militantes que se vieron implicados en los sucesos de mayo de 1937 o en el golpe de Casado de 1939, que consideraban que estas eran las causas principales y únicas de la derrota de la República, hasta los más novísimos trabajos de investigación que mantienen esta arista pero la alejan de la visión monista de considerarla la principal causa del desastre final republicano, han pasado los suficientes años, se han explorado archivos y se han realizado estudios comparativos que nos han llevado a establecer nuevas vías de investigación e interpretación.

Establecer como partían las fuerzas políticas de la izquierda antes del golpe de Estado del 18 de julio de 1936 era necesario para conocer el rol que jugaron cada una de ellas en el conflicto político interno. No fueron enfrentamientos surgidos de la nada, sino que tenían hondas raíces. Sin embargo, estos conflictos no nos pueden llevar nunca a la conclusión de que fueron el motivo principal de la caída de la Segunda República. Si aisláramos las disputas del contexto internacional y del aislamiento que sufrió la República frente a la ayuda ofrecida por las potencias fascistas al Ejército de Franco estaríamos haciendo una lectura parcial de los acontecimientos.

Otra cuestión que ha sido transversal a los conflictos internos de las fuerzas republicanas es que junto a los análisis de la situación se ha tendido a realizar contrafactuales o crear una historia-ficción. Muchos de los libros, sobre todos los de los militantes implicados, pensaban en cómo habría sido la situación si las cosas hubiesen discurrido de otra forma. Estas ucronías aportaban poco al panorama histórico y mucho al literario. La irrupción de la historiografía académica fue despegándose poco a poco de esta forma de describir los acontecimientos.

Por último, habría que destacar que la evolución de la historia social y, en particular, de la historia del movimiento obrero, ha ido superando la visión de ver a los grupos en conflicto como estructuras monolíticas y sin fisuras, lo que nos llevaba a trabajar bloques ideológicos y organizativos estancos e inflexibles. Hoy es imposible hablar de los anarquistas, de los comunistas o de los socialistas como un grupo único y con un mismo pensamiento. La complejidad del proceso es lo que ha enriquecido los estudios sobre los sucesos aquí relatados. Y se nota en la gran cantidad de libros y trabajos de investigación que se han desarrollado alrededor de este tema. La paulatina ruptura de los lugares comunes que durante años se fueron estableciendo nos está aproximando, cada vez más, a la realidad del momento.